

# EL PACIENTE CERO




---

**RESOLVIENDO LOS MISTERIOS  
DE LAS GRANDES EPIDEMIAS**

---

**MARILEE PETERS**

Traducción del inglés de  
Julio Hermoso

 Siruela

Las Tres Edades / Nos Gusta Saber

PARA MIS HIJOS Y CONSEJEROS EDITORIALES,  
OLIVIA Y JACKSON, POR OFRECERME SIN MIEDO  
SUS OPINIONES MIENTRAS ESCRIBÍA ESTE LIBRO...  
Y POR TENER RAZÓN.



We acknowledge the support of the Canada Council for the Arts  
for this translation.



Conseil des arts    Canada Council  
du Canada        for the Arts

Todos los derechos reservados.  
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública  
o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización  
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita  
fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Patient Zero. Solving the Mysteries of Deadly Epidemics*  
Colección dirigida por Michi Strausfeld

© 2014, Marilee Peters (texto) / Annick Press Ltd.

© De la traducción, Julio Hermoso

© Ediciones Siruela, S. A., 2016

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Tel.: + 34 91 355 57 20

Fax: + 34 91 355 22 01

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

ISBN: 978-84-16465-87-3

Depósito legal: M-1.576-2016

Impreso en Unigraf

*Printed and made in Spain*

Papel 100% procedente de bosques gestionados  
de acuerdo con criterios de sostenibilidad



# ÍNDICE

|                      |   |     |
|----------------------|---|-----|
| <b>INTRODUCCIÓN:</b> | <b>Una carrera contrarreloj</b>           | 2   |
| <b>1</b>             | <b>El terrible azote de Londres</b>       | 7   |
|                      | La gran epidemia de peste de 1665         |     |
| <b>2</b>             | <b>Las trazas de un misterio</b>          | 34  |
|                      | El brote de cólera del Soho en 1854       |     |
| <b>3</b>             | <b>«¿Ha sido el mosquito?»</b>            | 55  |
|                      | La fiebre amarilla en Cuba, 1900          |     |
| <b>4</b>             | <b>Un invitado especial en Nueva York</b> | 77  |
|                      | El tifus en 1906                          |     |
| <b>5</b>             | <b>«Dad la voz y que se preparen»</b>     | 94  |
|                      | La pandemia de gripe española, 1918-1919  |     |
| <b>6</b>             | <b>Un misterio en la selva</b>            | 116 |
|                      | El ébola en Zaire, 1976                   |     |
| <b>7</b>             | <b>La peste moderna</b>                   | 135 |
|                      | El sida en Estados Unidos, 1980           |     |
| <b>CONCLUSIÓN:</b>   | <b>La epidemiología hoy</b>               | 155 |

*Glosario* — 158

*Índice onomástico y de materias* — 160

*Sobre la autora* — 162

# INTRODUCCIÓN

## UNA CARRERA CONTRARRELOJ

**S**e oyó la voz del piloto con un zumbido por el intercomunicador. «Abróchense los cinturones, por favor. Comenzaremos el descenso en unos minutos».

Justo cuando el avión salía de entre las nubes, la doctora Shannon McKay se asomó por la ventanilla para ver la ciudad a sus pies. La red de calles poco a poco se iba haciendo más nítida y empezaban a distinguirse unos minúsculos edificios, árboles, casas y jardines. La pista de aterrizaje apareció delante y el avión fue a su encuentro, hasta que se detuvo entre bache y bache. Se abrieron las puertas. A Shannon se le formó un nudo en el estómago, que no había parado de encogerse a causa de los nervios en todo el viaje. ¿Qué había allí fuera?

Era su primera misión de campo y la habían enviado a aquel remoto lugar con un pequeño equipo de científicos para investigar el reciente brote de una enfermedad. Su trabajo consistía en identificar la causa de la epidemia y detenerla antes de que esta saliese de los límites de la ciudad. Los informes procedentes de la zona resultaban confusos, aunque apremiantes. Los médicos del hospital no estaban seguros de qué enfermedad era: mientras unos creían que podía ser la peste, otros aducían que se trataba de un virus desconocido hasta la fecha. Lo único que sabían con certeza era que la enfermedad resultaba mortal y que se estaba propagando con rapidez.

El aeropuerto era un caos, estaba repleto de gente que quería coger un vuelo, cualquiera, y escapar de la ciudad para evitar contagiarse. Mientras Shannon y los demás científicos se abrían paso entre la multitud, ella iba estudiando con precaución los rostros de los desconocidos en busca de signos de la enfermedad.



En el hospital, el médico al mando estaba pálido de agotamiento. Los estrechos pasillos se encontraban abarrotados de camillas con pacientes que se quejaban.

—Todo comenzó hace una semana —le contó el médico jefe a los científicos—. Al principio solo fueron un par de personas. No pudimos identificar la enfermedad, pero tampoco estábamos demasiado preocupados. Entonces empezó a aparecer más y más gente con los mismos síntomas. Nos hemos quedado sin camas, y el depósito de cadáveres también está lleno.

El equipo de investigación se reunió en una pequeña oficina para repasar sus planes. Debían reunir información al tiempo que hacían todo lo posible para controlar la propagación de la enfermedad. Tendrían que cerrar el aeropuerto, montar salas de aislamiento y de cuarentena, recopilar datos sobre el número de enfermos contagiados y poner en marcha una serie de ensayos de laboratorio para determinar la causa del brote.

—McKay, quiero que usted se encargue de las entrevistas a los pacientes —ordenó el responsable de la investigación—. Averigüe qué estaba haciendo la gente antes de enfermarse. ¿Adónde fueron?

¿Qué comieron? ¿Con quién estuvieron en contacto? Llévase con usted a uno de los intérpretes locales. Tenemos que descubrir quién fue la primera persona que se puso enferma: quién es nuestro paciente cero. Las respuestas están ahí fuera, solo debemos dar con ellas.

Shannon asintió. Se cerró la cremallera del traje de protección y cogió su ordenador portátil, preparada para dirigirse a las salas del hospital. No había tiempo que perder.



La idea de quedar atrapado en una epidemia a gran escala aterroriza a mucha gente, y motivos no les faltan. La peste negra, el cólera, la fiebre amarilla, el sida: a lo largo de la historia de la humanidad, millones de personas han muerto a causa de las epidemias, muchas más que en las guerras o como consecuencia de desastres naturales.

En nuestros días, quienes nos defienden contra las epidemias son los científicos, que se afanan por desentrañar los misterios que hay detrás de estos brotes mortales. Buscan las pistas que nos puedan decir cómo se inició la enfermedad, cómo se propaga y qué cosas nos ponen en riesgo de caer enfermos. A estos científicos que se esfuerzan por comprender y detener las epidemias los llamamos «epidemiólogos».

Al igual que los detectives, cuando surge una enfermedad los epidemiólogos van a la «escena del crimen» en busca de pistas. Plantean gran cantidad de preguntas, buscan testigos, hablan con los enfermos, escudriñan los datos que tal vez alguien haya pasado por alto y reúnen los indicios. Trabajan en laboratorios especiales dotados con la última tecnología y están cualificados para descubrir relaciones ocultas entre los elementos de su investigación y para poner a prueba sus teorías.

Las organizaciones nacionales e internacionales como la Organización Mundial de la Salud (OMS) y los ministerios de Sanidad de los distintos países, como los Centros de Control de Enfermedades Infecciosas, supervisan de manera continua los informes sobre las enfermedades de todo el mundo, y están preparados para enviar de inmediato equipos de epidemiólogos al lugar del último brote de una enfermedad.

La epidemiología, sin embargo, no ha sido

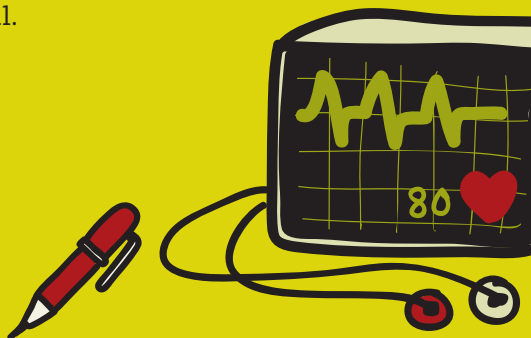


siempre tan sofisticada como lo es en la actualidad. Es más, el hecho de que hoy conozcamos la forma de prevenir o de curar algunas de las enfermedades más letales de la historia se debe únicamente al trabajo peligroso y solitario de unos pocos médicos y científicos entregados.

La peste, el cólera y las fiebres tifoideas son enfermedades que con solo oír su nombre hacen que todavía sintamos miedo. Los científicos que desentrañaron los misterios médicos que había detrás de ellas se enfrentaban a una perspectiva aterradora: la de arriesgar su propia vida para combatir enfermedades que mataban a miles de personas todos los años. Tenían que ser valientes y muy decididos; con frecuencia, la gente no creía en sus disparatadas teorías. No les hacían caso, se reían de ellos y, en algunas ocasiones, hasta perdían sus puestos de trabajo. No obstante, ellos continuaban buscando respuestas, juntando las piezas del rompecabezas de las epidemias. Hoy en día, millones de personas le debemos la vida al trabajo de aquellos primeros epidemiólogos.

Y la lucha contra las enfermedades infecciosas todavía no se ha terminado. Las epidemias y las pandemias continúan amenazando al mundo. Conforme crecen las poblaciones de nuestros países, y mientras la tecnología, el cambio climático y las guerras cambian nuestra manera de vivir a lo largo y ancho del planeta, seguir la pista y detener los brotes de enfermedades es más importante que nunca.

Resulta sencillo ver el porqué. Vivimos en una aldea global, y un brote puede llegar hasta nuestra puerta desde cualquier lugar en cuestión de horas. Basta imaginar, por ejemplo, lo que podría suceder si una nueva enfermedad mortal surgiese en una de las ciudades más grandes del mundo: como Tokio, Nueva York, Shanghái o Londres. Simplemente con subirse a un avión, los enfermos contagiados podrían propagar la epidemia por el país e incluso por el mundo en menos tiempo del que se necesita para hacer llegar la ayuda sanitaria. Ese es el tipo de situación que mantiene hoy en constante alerta a los epidemiólogos, listos para seguir el rastro del origen de la próxima epidemia mortal.





## **EL PÁNICO QUE RODEA A LAS PANDEMIAS**

¿Cuándo se convierte en epidemia una enfermedad? ¿Y cuándo es una pandemia?

Cuando el número de enfermos en una región es claramente más elevado de lo normal se trata de una epidemia. Cuando los médicos comienzan a informar sobre un número inusual de pacientes, las autoridades sanitarias pueden declarar que se está convirtiendo en una epidemia: alertan a los medios de comunicación para que la gente pueda tomar precauciones contra la enfermedad. Con un poco de suerte, la situación no empeora mucho.

Si lo hace, se puede convertir en una pandemia: una epidemia a escala mundial que afecta a un gran número de personas en diferentes países y regiones del planeta. La Organización Mundial de la Salud realiza un seguimiento de los brotes de las enfermedades, y cuando se declaran casos en tres países o más se trata oficialmente de una pandemia.

Una pandemia puede ser mortal —como el sida, la peste negra o la gripe española— o puede ser menos grave —como la gripe porcina de 2009, que resultó mortal para menos del 1 por ciento de los pacientes—. Sin embargo, cuando vemos o escuchamos la palabra «pandemia» en los medios de comunicación, ¡cunde el pánico!





# EL TERRIBLE AZOTE DE LONDRES

## LA GRAN EPIDEMIA DE PESTE DE 1665

**L**a rata parecía muerta. La señora Goody Phillips le dio unos golpecitos con el dedo del pie para asegurarse. El roedor no se movió.

La mujer se inclinó, cogió la rata por la cola con el índice y el pulgar y la levantó de tal forma que se balanceaba inerte ante su rostro.

—Así que te cueles en mi cocina y te mueres en el suelo limpio, ¿no? —dijo al pequeño cadáver con tono amenazador—. Ya hablaremos de eso, bicho asqueroso.